Sin sospecha

Publio Cornelio Escipión

Image not found.

Capítulo 1

Era un día como otro cualquiera en la ciudad. Nadie sospecharía nada. Veinte hombres vestidos de traje se encontraban en la sala de reuniones de un conocido hotel. Habían reservado desde hacía tiempo una habitación para cada uno. Se habían ocupado de dar una explicación para ausentarse de sus respectivos trabajos. Al fin y al cabo, todos cumplían bien con las expectativas, y no tuvieron ningún problema para obtener el correspondiente permiso.

Poco a poco fueron tomando asiento. Todos tenían una idea del motivo por el que allí se reunían, pero unos estaban mejor informados que otros. En cualquier caso, les habían asegurado que después de esta sesión todo quedaría claro.

Había un hombre que parecía mayor que el resto. Éste se colocó frente a todos sobre un pequeño relieve especialmente diseñado para el conferenciante. Al estar todos en silencio, comenzó a hablar en una lengua que solo los allí presentes conocían:

-De acuerdo, veo que todos se encuentran ya en sus respectivos asientos. Supongo que tendrán una idea aproximada de por qué están aquí. Nos encontramos ante uno de los retos más importantes a los que se enfrenta nuestra especie. El siguiente vídeo situará en contexto a quien todavía no tenga claro a qué me refiero.

El hombre mayor insertó un USB en un ordenador cercano y abrió un vídeo que enseguida fue visible por todos a través de un proyector instalado en la sala. Todos estaban atentos a la explicación que se les ofrecía.

"Si están viendo esta grabación es porque han sido ustedes seleccionados para la misión más importante que haya conocido nuestro planeta. El éxito de ésta dependerá directamente de su desempeño en la tarea que les será asignada. A continuación se expone el motivo por el cual esta misión debe llevarse a cabo.

Como sabrán, nuestro planeta, Brecian, se encuentra actualmente en una situación de superpoblación y falta de recursos. Esta situación se viene padeciendo desde hace tiempo, pero es recientemente cuando el problema se ha vuelto más acuciante. Por ello, se ha considerado la Tierra como una posible segunda residencia, con el fin de trasladar a una parte de la población y mejorar así las condiciones de vida de nuestros habitantes.

Con el objetivo de examinar las condiciones de habitabilidad del planeta Tierra, se vienen realizando numerosas prospecciones desde hace tiempo.

Los visitantes siempre se han ocupado de tomar forma humana con el fin de que los habitantes terrestres no sospechen nada.

No obstante, en ocasiones estos visitantes han sido detectados, pero la raza humana no ha podido corroborarlo de manera oficial. Circula la *teoría de los antiguos astronautas*, por la que antiguas civilizaciones del planeta Tierra habrían sido testigos de estas visitas, representándolas en el arte rupestre, pero por suerte para nosotros son muchas las voces que opinan que solo se trata de invenciones.

Deberán ustedes ocuparse del completo exterminio de la raza humana. Solo así podremos asegurarnos de disponer de un planeta libre de hostilidades. El método propuesto para esta misión consistirá en una guerra bacteriológica. Deberán causar el mayor daño posible al mayor número posible de víctimas sin levantar sospechas. Es posible que se envíen nuevos contingentes más adelante procedentes del planeta Brecian, pero son ustedes quienes deberán iniciar este proyecto. Saludos y suerte".

La grabación terminó y todos quedaron en silencio. El hombre mayor se quedó contemplando a todos y cada uno de los allí presentes. Todos sabían para qué estaban allí, pero dudaba de la capacidad de algunos de los enviados para llevar a cabo con éxito lo que les había sido encomendado. Al fin y al cabo, algunos eran jóvenes y sin experiencia en viajes interestelares. Pasados unos segundos, el hombre alzó la voz:

-¿Alguna pregunta?

Uno de los más jóvenes levantó la mano. Parecía nervioso.

-El vídeo habla de guerra bacteriológica pero, ¿cómo la llevaremos a cabo exactamente? Quiero decir, yo al menos no tengo experiencia en esto y no tengo claros los medios a utilizar.

El hombre mayor suspiró. Cada vez dudaba más de la capacidad de algunos de los enviados.

-Utilicen su imaginación. Contaminen el aire, la comida, infecten el agua... Cualquier medio puede ser adecuado si sirve para alcanzar el objetivo de esta misión. ¿Alguna pregunta más?

Esta vez todos permanecieron en silencio.

-De acuerdo, saldremos todos de aquí de manera discreta y mañana nos incorporaremos a nuestros respectivos puestos de trabajo. Caballeros, la guerra bacteriológica ha comenzado.

El día siguiente volvió a amanecer con aparente normalidad. En uno de los edificios más emblemáticos de la zona se localizaba una oficina con una enorme montaña de papeles. Durante estos días de intenso trabajo, la ausencia de un empleado se notaba sobremanera.

En cualquier caso, quien debía hacerse cargo de esa tarea era uno de los empleados más eficientes de la oficina, por lo que su superior no expresó el menor inconveniente cuando aquel solicitó ausentarse por un día debido a motivos personales. Tampoco se sorprendió cuando un hombre trajeado y con aspecto elegante apareció a su espalda en el momento en que abría la oficina para un nuevo día de trabajo.

-Pedro, tan puntual como de costumbre. Se te ha acumulado una montaña de trabajo importante, un día de ausencia se nota en estas fechas tan complicadas, pero sé que serás capaz de sacarlo adelante, como siempre. Espero que todo fuera bien ayer.

Pedro sonrió levemente. Era la costumbre entre los humanos ante lo que ellos llamaban un cumplido.

-Todo fue perfectamente, gracias. Ahora estoy aquí sin más compromisos y listo para trabajar. Espero haber terminado con esa montaña de papeles lo antes posible.

A Pedro no le costaba madrugar pues, a diferencia de los humanos, no tenía la necesidad de dormir. Eso le facilitaba ser el más puntual en cualquier compromiso y ganarse así el favor de cuantos le rodeaban.

Poco a poco se fue llenando la oficina y todos ocuparon sus sitios frente a sus respectivos escritorios. Pedro no sabía gran cosa sobre nadie en aquel lugar. No desarrollaba las mismas emociones que los humanos y le costaba relacionarse a su manera, pero sabía que debía aprender a la mayor celeridad posible. De pronto tuvo una idea maquiavélica, una idea que solo es propia de quien, a diferencia de muchos de los allí presentes, sabe cual es su objetivo en la Tierra. Se giró hacia su compañera, que se encontraba en el escritorio de al lado, con una sonrisa algo forzada en el rostro.

-Lourdes, estaba pensando... ¿Qué te parece que vaya a por dos cafés, uno para ti y otro para mí? Así estaremos despejados para el largo día que nos espera, sobre todo a mí.

-Muchas gracias, Pedro, creo que nos hace falta a los dos. Suerte con esos papeles- dijo señalando la montaña a un lado de su compañero.

Pedro fue avanzando lentamente por el pasillo. Tenía la sensación de ir progresando poco a poco en su adaptación a la vida de los humanos. Sabía que era capaz de realizar en aproximadamente una hora lo que a

otro trabajador le llevaría una jornada laboral entera pero, como le habían comentado, debía evitar levantar sospechas. Es por ello que en ocasiones salía el último de la oficina y fingía tener dudas.

La máquina de café estaba vacía en ese momento, pues todos se encontraban en sus respectivos puestos de trabajo. Poco a poco se fue llenando el primer vaso con un chorro de café al que la máquina añadió unas gotas de leche. Lo mismo ocurrió con el segundo. Pedro avanzó con paso firme hasta situarse frente a su escritorio. Lourdes se giró con gesto agradecido.

-Gracias, lo necesitaba. Va a ser un día largo y toda cafeína es poca.

Al cabo de unos minutos, los dos vasos se encontraban vacíos en una papelera común a ambos escritorios. Entonces, de modo repentino, Lourdes comenzó a sufrir convulsiones. Sus compañeros se giraron con aspecto preocupado. Muchas voces se oyeron en poco tiempo, pero todas igual de confundidas:

-Lourdes, ¿estás bien? ¿Qué te ocurre? Por Dios, le está ocurriendo algo grave. ¡Llamad a un médico! Lourdes, estamos aquí, concéntrate, respira, míranos.

Pero Lourdes no respondía. Se encontraba tendida en el suelo y con la mirada perdida hacia el infinito. Un médico llegó al cabo de unos minutos, pero no pudo hacer nada sino dictaminar que Lourdes había fallecido. Una ambulancia se llevó el cuerpo y todos volvieron a sus casas durante el resto de aquel día. No daban crédito a lo que había sucedido.

En los días siguientes, todo fueron preguntas sin respuesta. Varios médicos forenses analizaron el cuerpo de la víctima, pero no pudieron determinar la causa de la muerte. Tampoco ningún laboratorio clínico fue capaz de hallar ninguna sustancia en los restos del café de aquella mañana que hubiera podido producir la muerte de Lourdes.

Llegó la fecha del funeral y todos los compañeros de trabajo acudieron al entierro. Se respiraba tristeza y confusión en el ambiente. Pedro fue saludando a unos y a otros, abrazándolos, dándoles el pésame. Al fin y al cabo, esa era la costumbre entre los humanos, según había podido comprobar. Sin embargo, no podía sentir tristeza. Tampoco alegría. No podía sentir de la manera en que lo hacían los humanos, pues sus emociones eran radicalmente distintas.

Pedro miró absorto mientras descendían el cuerpo. Ya no pensaba en Lourdes, ni en su superior, ni en el resto de sus compañeros, sino que un único pensamiento se adueñaba de su mente en aquel momento: cuáles debían ser los próximos pasos a seguir para llevar a cabo con éxito su

misión.